



Ivan Doig
Verano en English Creek

Traducción de Vanesa Casanova



Libros del Asteroide *

Primera edición, 2013
Título original: *English Creek*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1984 by Ivan Doig

© de la traducción, Vanesa Casanova Fernández, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Jack Affleck / Aurora Open / Corbis

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-24-7
Depósito legal: B. 34.184-2012
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

A Carol, una vez más



Uno tiene que labrarse su camino en este viejo y
puerco mundo de hierro.

MISS ROSE GORDON (1885-1968)



Uno

En esta época del año, el parte de los condados más secos del noreste suele confirmar que Lady Godiva podría pasar hasta tal punto desapercibida por sus calles que ni siquiera su propio caballo la vería. Sin embargo, las lluvias primaverales han refrescado la atmósfera lo suficiente como para que el corcel en cuestión pudiera llegar a atisbarla.*

Gros Ventre Weekly Gleaner, 1 de junio

Aquel mes de junio se zambulló en las tierras del Two Medicine. Nunca hasta entonces había visto las colinas tan reverdecientes, las quebradas tan esponjosas por las escorrentías. La cantidad justa de humedad podía claramente endulzar el universo. En una de sus patrullas por las tierras altas mi padre ya se había topado con alces que ascendían lentamente para cruzar la Divisoria Continental que los llevaría a sus lugares de parición en la zona oeste. Los alces, la hierba, las praderas de heno silvestre y la alfalfa de los bancales llevaban ya sus tres buenas semanas de adelanto, lo que naturalmente explicaba el ambiente tan fresco que se respiraba en las tierras del Two. De la lluvia primaveral en las montañas se suele decir que es como cuando alguien va por ahí repartiendo billetes de diez dólares partidos por la mitad con la promesa de entregarte la otra mitad en el momento de enviar la mercancía. Y así, entre los criadores de ovejas de English Creek, entre los pocos vaqueros que quedaban en Noon Creek y en otras zonas, los granjeros más al este, los tenderos de Gros

* Dama de la nobleza inglesa que en época medieval y según la leyenda, cabalgó desnuda por las calles de Coventry a modo de protesta contra los onerosos impuestos que su marido, el conde de Chester y señor de Coventry, impuso a su pueblo. (*N. de la T.*)

Ventre, nuestra gente del Servicio Forestal y prácticamente entre todos nosotros aquel principio de junio, la esperanza florecería y crecería fuerte mientras lo hiciera la hierba.

Hasta había quien decía que quizá Montana ya había tocado fondo con la Depresión. Los defensores de esta idea iban por ahí diciendo que el año había sido algo más próspero o en cualquier caso menos desesperado que el anterior. Una vara de medir bastante optimista que ignoraba el hecho de que durante unos años los habitantes de aquellas tierras las habían pasado realmente canutas. Supongo que yo no debo lamentarme por cuestiones de dinero, porque nuestra familia se las apañaba mejor que muchas. Incluso en los peores años, aquellos en los que el Servicio Forestal despidió a varios empleados —o, como solía decirse, los *hooverizó*—, mi padre, el guarda forestal Varick McCaskill, nunca se contó entre ellos. Cierto es que le habían bajado el sueldo un par de veces y solo Dios sabía si no volvería a ocurrir otra vez. Pero nos las apañábamos. Sin lujos, íbamos tirando.

Me fastidia leer interpretaciones de aquellos tiempos que parecen sostener que la Depresión empezó el día que Wall Street se pegó el batacazo en 1929. ¡Hay que ser miope! En 1929, Montana ya llevaba diez años cuesta abajo. Con el invierno de 1919 —los hombres de la edad de mi padre y aún mayores se referían a él como «aquel invierno cabrón»—, llegaron tiempos difíciles. Difíciles de verdad. Dode Withrow, dueño del rancho situado en la bifurcación sur de English Creek, solía contar: «Yo empecé aquel invierno de 1919 con cuatro mil ovejas. Cuando llegó la primavera se me habían evaporado y solo me quedaban quinientas». Como los problemas nunca vienen solos, debido al fin de la guerra en Europa, los precios del ganado y de las cosechas cayeron en picado al mismo tiempo. Y justo entonces la sequía y las langostas invadieron las tierras de secano. «Las cosas empezaron a pintar muy mal», decía siempre mi padre de aquellos años en los que mi madre

y él intentaban empezar a vivir su vida. «Dondequiera que miraras, veías a gentes que habían dedicado veinte años a esta tierra y a quienes lo único que les quedaba de todo aquello era un montón de calendarios viejos.» Cuando la sequía volvió de nuevo a comienzos de los treinta y unió sus fuerzas a las de Herbert Hoover, las cosas fueron de mal en peor. De eso sí que me acuerdo yo, de aquellos años amargos y secos. Un otoño tras otro no dejaban de llegarnos historias del éxodo desde las tierras cerealeras de High Line, al norte y al este, y aquí mismo, en la carretera que atraviesa el pueblo de Gros Ventre cualquiera que prestara un poco de atención podía comprobar de primera mano todas aquellas historias, las camionetas cargadas de muebles con sus adioses a Montana pintados con grandes letras torcidas en trozos de cartón que rezaban «Adiós, viejo secarral» y «De Havre, uno que se abre». El distrito del Two Medicine tuvo al menos la buena fortuna de que los precios de los corderos y la lana se recuperaran ligeramente mientras los precios del resto del ganado y de los cultivos seguían por los suelos. Pero cualquiera en aquella tierra que a principios de los treinta no pudiera salir adelante con las ovejas simplemente no sobrevivía de ninguna manera. Un ganadero tras otro, un granjero tras otro, todos fueron endeudándose con los bancos. Arados y roturadoras, caballos de carga y arneses, segadoras y descremadoras: por aquellos lares, menos el aire, todo estaba hipotecado. Después vinieron las ejecuciones hipotecarias y el mazo del subastador. En aquellas subastas mazo en mano vimos a hombres llorar, a mujeres tan afligidas que parecían estar mirando cara a cara a la mismísima muerte y a sus hijos con cara de perplejidad.

Así que ya iba siendo hora de que la esperanza hiciera acto de presencia.

—¡Jick! ¡A comer ahora mismo!

La cena y mi madre. Tengo el imborrable recuerdo de que todo esto comenzó justo entonces, a principios de junio, porque yo andaba preparando mi silla de montar y alargando una vez más los estribos, que reflejaban lo mucho que había crecido aquel año, porque debía salir a cabalgar con mi padre en la expedición de conteo de la mañana siguiente. Incluso puedo describir sin riesgo a equivocarme el tiempo que hacía, una de esas tardes oscuras en las Rocosas en las que esos remates sueltos de la tormenta se aferran a las montañas y el sol asoma allá donde puede por entre las nubes. Que alguien me explique por qué son detalles como aquellos —los estribos de la silla una pizca más largos o los rayos del sol que acariciaban las colinas de una manera concreta— los que permanecen en mi recuerdo, mientras que los hitos más importantes de la vida se van quedando atrás. Al menos ese es mi caso, especialmente ahora que me encuentro en una época en la que intento pensar qué habría sido de mi vida de no haber nacido en las tierras del Two Medicine en el seno de la familia McCaskill. Ay, ya sé lo que suele decirse. Que el terruño y la familia dejan en nosotros su huella indeleble, igual que las orillas de la corriente dirigen el curso del agua. Pero eso no significa que uno no pueda fantasear. Preguntarse si, en lo esencial, nos encontraríamos con la misma persona en el espejo si en nuestro certificado de nacimiento se leyera algo distinto a lo que se lee en él. O si el haber crecido en otro lugar no nos habría vuelto más listos o más tontos, más o menos satisfechos. Fíjense en mí: algunas mañanas me sorprendo aún con una taza de café ya frío en las manos mientras cavilo sobre si mis sesenta años habrían sido lo que son ahora de haber venido yo al mundo en, supongamos, China o California en lugar de en el norte de Montana.

Naturalmente todo esto contradice lo que mi madre siempre intentaba decirnos a nosotros tres. Que el pasado es egoísta, que no da nada. Se trataba de una advertencia que se sentía

obligada a hacernos, en ese tono de voz tan particular acentuado en todas sus sílabas que con bastante frecuencia se daba en nuestra familia. Cuando ya empezábamos a oír las comas y las mayúsculas, sabíamos que el tema se había transformado en un Enfrentémonos a La Realidad, Nada de Hundir la Cabeza en el Ayer. Me atrevería a decir, tan seguro como el viento que sale rugiendo de un cañón al anochecer, que quien provocaba aquellas reacciones solía ser mi padre. De vez en cuando mi padre pasaba media noche escuchando a Toussaint Rennie contar el rodeo de 1882, cuando los vaqueros dispersaron a sus cuadrillas en dirección norte, desde el codo del río Teton hasta la frontera con Canadá, y trajeron de vuelta cien mil cabezas de ganado. O la historia, todavía de mayores proporciones y anterior a aquella, de la última gran cacería de búfalos en la que Toussaint había cabalgado hasta las colinas de Sweetgrass Hills para observar desde las alturas una pradera que parecía arrasada por el fuego de tan ennegrecida que estaba por la presencia de los búfalos y el rebaño acorralado por las tribus de la llanura. Es extraño, pero aún puedo recitar los nombres de las tribus y los lugares donde acampaban para rodear aquellos millares de búfalos, exactamente con las mismas palabras con las que Toussaint se lo había contado a mi padre: los cuervos al sureste, los gros ventres y assiniboines al noreste, los piegans al oeste, los crees al norte y los cabezaplanas aquí, al sur. «Aquello habría sido digno de ver», solía decir mi padre cuando volvía a contarnos la historia durante la cena. «Mac, eso ya lo has contado mil veces», le respondía al instante mi madre. «Más te valdría Concentrarte En la Visita de Mañana del Supervisor Forestal.» Si no era mi padre el objeto de los sermones de mi madre, siempre estaba Alec y más cuando empezó a llevar pañuelo al cuello y a considerarse un *cowboy*. Mi maña particular para recordar las cosas —una habilidad que me permitía almacenar listas completas de la compra o cualquier cosa que alguien me hubiera dicho inocentemente hacía un par de semanas— me

convertía en el candidato perfecto para completar aquel trío de hombres con querencia hacia el pasado. Aquello debió de ser la gota que colmó el vaso para mi madre. «Jick —decía y aún me parece oírlo—, no existe ninguna ley que diga que un McCaskill no pueda ser una persona con miras al futuro como los demás. Solo porque tu padre y tu hermano...»

No lo sé. No siempre se corresponde lo que decimos con lo que somos capaces de hacer. Mucho después, era ella más que ninguna otra persona la que volvía una y otra vez al punto donde nuestras cuatro vidas se habían separado. «El verano en que...» empezaba a decir y, como si hubiéramos oído el canto de tres notas de un herrerillo, con aquellas palabras sabía que había vuelto a recordar alguno de los acontecimientos de aquel último verano en English Creek. Ella y yo nos parecemos al menos en eso, en que comprendemos que una época vital como aquella ofrece material más que suficiente para el recuerdo, incluso para un McCaskill.

—¡Jick! ¿Vienes ya o les doy tu comida a los pollos?

Sé también con absoluta certeza que esa llamada a cenar era doble, porque yo rondaba esa edad en la que había que llamarme dos veces para cualquier cosa. En cualquier caso, esa segunda llamada me sacó del granero justo en el instante en que la parejita, Alec y Leona, apareció en lo alto del promontorio del este por la carretera comarcal. Reconocí a mi hermano por esa manera de cabalgar tan suya con la cabeza enhiesta, como si intentara ver más allá del promontorio que tenía delante. Leona tendría que acercarse un poco más antes de poder yo reconocerla por la blusa, pero por aquel entonces, si veías a Alec, lo más seguro es que también vieras a Leona.

Había pocas cosas que me llamaran más la atención que un jinete coronando aquel promontorio de la carretera, con aquella línea del horizonte al este bajo su figura como si saliera directamente del cielo, y su silueta y la de su caballo avanzando lentamente pendiente abajo hacia la bifurcación de English

Creek. Seguí observando a Alec y Leona mientras cruzaba el jardín que conducía a nuestra casa, situada justo detrás de la estación forestal. Tenía bien aprendida la lección y no iba a dejar que mi madre me llamara una tercera vez.

Entré a lavarme y supongo que me comporté con una indiferencia más deliberada de lo habitual, porque esperé hasta llenar la palangana con varios cacillos de agua caliente de la tetera antes de anunciar: «Tenemos compañía».

Aquellas palabras siempre despertaban el interés de los presentes. Mi padre levantó la vista de los permisos de los pastizales en los que estaba ocupado y las cejas de mi madre se arquearon formando esa línea con que te hacía saber que tenías toda su atención y que más valía que mereciera la pena.

—Alec y Leona —dije yo mientras me enjuagaba la cara—. Vienen a caballo como dos tortolitos.

—Pareces todo un experto en la materia —dijo mi madre. Y la verdad es que esas cosas ya se me empezaban a pasar por la cabeza. Tenía catorce años y apenas quedaban tres meses para mi próximo cumpleaños. Catorce y empalmado hacia los quince, como en cierta ocasión escuché decir a los borrachuzos de la taberna Medicine Lodge de Gros Ventre para describir esa edad tan complicada. Pero yo no estaba dispuesto a confesar nada de aquello a mi madre, que me ordenó—: Cuando hayas terminado, trae la silla que sobra de tu habitación. —Lanzó una mirada calculadora hacia las cazuelas y sartenes colocadas en los fogones. A continuación, acordándose repentinamente de algo, se giró hacia mí y añadió—: Por favor.

Cuando salí de la habitación, ya había metido un nuevo tronco en la cocina y estaba empezando a preparar lo que quiera que sea que los cocineros como ella hacen para transformar como por arte de magia una comida para tres en una cena para cinco.

—Bet, recuérdame por la mañana —oí decir a mi padre— que termine de revisar los papeles que me faltan para el Tío Sam.

—Te los serviré con el desayuno —prometió mi madre.

—Fritos —dijo él—. Hechos cenizas me vendrían bien, en especial el permiso de Bebbber. Me ahorraría tener que discutir con él una puñetera vez más sobre los pastos de la Sección Veinte.

—No sabrías cómo empezar un verano sin tener esa discusión con Ed —respondió ella—. ¿Ya te has lavado?

Cuando regresé a la cocina con la silla sobrante que había ido cumpliendo funciones de mesita de noche, Alec y Leona cruzaron el umbral y mi hermano preguntó: «¿Es esta la Casa McCaskill, donde sirven comida rápida?». Leona lo contemplaba radiante, como si mi hermano acabara de recitar a Shakespeare.

Alec y Leona formaban una pareja llamativa. Alec era ya incluso más alto que mi padre y tenía la misma mata de pelo rojizo, una llamarada de pelo de un intenso color que debía de ser el resultado de varios cientos de años de *kilts* y faldas al aire. Los mismos ojos azules, tan animados. La misma nariz recta y afilada de los McCaskill, con aquella misma tendencia a cubrirse de pecas. El mismo labio superior hundido, con la parte inferior del rostro que sobresalía hasta encontrarse con aquel y brindarle testarudo soporte; con la boca cerrada, tanto Alec como mi padre tenían esa mirada de mandíbula prominente que se lanza al encuentro de la vida como un arado. Sin embargo, que se parecieran no quería decir que fueran dos réplicas exactas y tengo para mí que, tan pronto como mi hermano y mi padre se encontraron en aquella misma habitación esa noche, aquella diferencia se hizo evidente. Mi padre nunca daba la impresión de ocupar tanto espacio como parecía exigir su envergadura, pero de alguna manera Alec ocupaba todo el espacio que le correspondía y un poco más. Ahora caigo en aquel detalle, en que Alec había empezado a adoptar esa postura que adoptan los *cowboys* de ir arrastrando los pies, las piernas y las rodillas separadas más de lo necesario, como si quisieran que el mundo supiera que les encantaría tener un caballo entre ellas con el que partir al trote. Alec trabajaba de jinete para el rancho de la Do-

ble W. Se trataba de su segundo verano como ayudante y aquello había provocado cierto revuelo en la familia; me refiero a su vuelta a las labores de *cowboy*, en lugar de haber conseguido un trabajo mejor pagado, como trabajar conduciendo camiones para Adam Kerz, como mi madre le había sugerido con especial ahínco, pero durante todo aquel año Alec había hecho oídos sordos a muchas de las opiniones que mis padres tenían sobre aquella fase suya de *cowboy*. El último Cuatro de Julio, cuando Alec apareció vestido con ropa de rodeo, pañuelo rojo incluido, mi padre le preguntó: «¡Qué! ¿Se te ha enfriado la garganta?».

Tampoco es que uno pudiera machacar a Alec mucho tiempo. Ya les he contado que Alec cabalgaba siempre con la cabeza enhiesta, con esa actitud de nada-en-la-vida-me-ha-obligado-a-parar-aún. Quizá debería corregir este último punto y decir que, a caballo, Alec parecía cabalgar a lomos del mismísimo mundo. Incluso de pie como estaba en ese momento en la cocina daba la impresión de que alguien le estaba llevando exactamente allí donde quería ir. Yo supongo que en ese preciso instante podía decirse que así era: aquel año a Alec todo le iba a las mil maravillas. Llevaba saliendo con Leona más tiempo del que esta había estado saliendo con Earl Zane. Trabajaba de jinete para la Doble W ese verano en el que la hierba crecía verde y alta. Y en otoño pondría rumbo a Bozeman: Alec era el primer McCaskill que conseguía llegar a la universidad. Enviar a Alec a la universidad desde el cañón de la Depresión era un esfuerzo extraordinario y agotador para toda la familia, pero su habilidad para los números lo justificaba sobradamente. Ninguno de los nuestros tenía la menor duda de que en cuatro años Alec saldría de Bozeman bien formado como ingeniero mecánico. Sí, Alec era una persona de hechos, según decía la gente. Mi recuerdo más temprano de aquel hermano mío era el momento —yo debía de tener cuatro años y él ocho— en que me llevó a las praderas donde pastaban los caballos de montar de la estación forestal y me dijo: «Te voy a enseñar cómo se birla un caballo, Jick».

Se acercó con suavidad hasta el caballo más cercano, esperó hasta que el animal bajó la cabeza para pastar un poco de hierba y a continuación lo montó a horcajadas por el cuello. Cuando el caballo irguió la cabeza, levantó a Alec. Mi hermano fue resbalando cuello abajo hasta el lomo, al tiempo que se aferraba a las crines para sostenerse y guiar al animal. «Ahora ve a por esa mula», me dijo Alec. Me coloqué junto al animal, que seguía mascando, lo rodeé levantando la pierna como él había hecho y me fui elevando hasta estar montado sobre el animal a pelo, igual que mi hermano.

—Qué pasa, Jicker —me dijo Alec desde el otro extremo de la cocina después de haber saludado a mi madre y mi padre—. ¿Qué tal te trata la vida?

—Pues bien —respondí automáticamente—. ¿Qué tal, Leona?

Leona también era una entusiasta de los caballos o eso es lo que creo que se diría en estos tiempos que corren. Todos los años, cuando Tollie Zane celebraba su subasta de caballos recién domados en Gros Ventre, reclutaba a Leona para que los montara camino del ruedo de subastas; nada da más lustre a un poni de montar que una chica guapa. Pero en la cocina de mi madre Leona se comportaría con extremada dulzura, cosa que por cierto también se le daba de primera. Siempre que Leona aparecía en cualquier lugar se hacía una especie de pausa, se oía un largo suspiro —o dos, o incluso tres— en cuyo transcurso los presentes parecían sopesar si el pelo de Leona era en realidad tan rubio y si su figura estaría a la altura de lo que anunciaba a primera vista. En cierta ocasión me di cuenta de que tenía el mentón algo más puntiagudo de lo que suele gustarme, pero si mirabas a Leona el tiempo suficiente, cualquiera habría hecho caso omiso de eso y de más.

Sea como fuere, allí, en la cocina, se hizo aquella pausa durante la cual Leona fue posando su mirada lentamente sobre todos nosotros, hasta que Alec y mi padre se pusieron a paliquear sobre naderías.

— ¿Qué, trabajando duro?

— Pues claro, papá. ¿Alguna vez me has visto hacer otra cosa?

— Es que apenas te he visto trabajar.

— Los de la Doble W bien que se aseguran de que no sea así. Ya sabes lo que se comenta: en la Doble W nadie se pone moreno, no tenemos tiempo.

... y mientras entre Leona y mi madre tenía lugar un ritual de cocina tan antiguo como las mujeres...

— ¿Puedo ayudarla en algo, señora McCaskill?

— No, temo que esto ya no tenga remedio.

... hasta que al poco tiempo mi madre se sintió satisfecha de haber multiplicado suficientemente la comida frente a los fogones y anunció: «Espero que no os hayáis olvidado el apetito. Todos a la mesa».

Supongo que todo hogar precisa de alguna fórmula rutinaria para empezar a comer: he oído dar las gracias al Señor en los hogares más impensables por algunos de los alimentos más impuros; he visto a familias enteras no levantar ni un tenedor hasta que el patriarca, sentado a la cabecera de la mesa, tuviera el plato lleno y el pan bien untado de mantequilla, pero en nuestra casa solo dábamos gracias una vez cada trescientos sesenta y cinco días y además lo hacíamos como una broma. Aquello ocurría durante la invocación de mi padre en Nochevieja, con ese acento de erres tan marcadas propio de un predicador escocés que mi padre imitaba a la perfección: «En este día de Hogmanay te pedimos, Señorrrrr, un año nuevo de pan tierrrrrrno y nos libres del infierrrrrno».

Por lo demás, una comida en casa de los McCaskill podía empezar de cualquier manera, puesto que la única tradición consistía en servirse del plato que a cada cual le caía más cerca e ir pasando la comida en la dirección de las agujas del reloj.

— ¿Qué tal te va arreando ganado? — Mi padre le estaba pasando el puré de patatas a Leona, pero miraba a Alec.

— No va mal. — Entretanto, Alec le ofreció salsa a Leona an-

tes de darse cuenta de que ella aún no tenía patatas en el plato. Enrojeció ligeramente, pero sacó el mentón y preguntó a mi padre—: ¿Qué tal el trabajo de forestal?

Cuando mi padre era niño, una astilla que saltó del hacha le dio en la esquina del ojo izquierdo. Conservó la visión, pero aun pasado tanto tiempo el párpado se le entrecerraba siempre que alguna distracción le hacía bizquear levemente. Mientras mi padre estudiaba el tráfico de los alimentos que iban apilándose alrededor de Leona, el párpado fue cayendo. Y entonces lanzó su respuesta, dirigida a Alec: «No va mal».

A mí se me ocurrió la brillante idea de aportar algo a la conversación, así que decidí intervenir:

—Mañana empezamos el conteo, Alec. Primero las ovejas de Dode, luego las de Walter Kyle y luego las de Fritz Hahn. Papá y yo estaremos allí arriba en un par o tres de días. ¿Te acuerdas de aquella vez que tú y yo lo acompañábamos y *Moxie*, el perro pastor de Fritz, se puso a perseguir una mofeta y entonces...

Alec me devolvió una sonrisa algo más tirante de lo que correspondía a un hermano.

—Ten cuidado no te vaya a entrar sueño con tantas ovejas, retoño.

¿Retoño? Estaba claro que no había manera de saber qué podía salir de la boca de una persona cuando lo acompañaba una chica rubia de la que poder presumir delante de los demás y así se lo hice saber con la mirada que le lancé.

—Hablando del conteo —dijo Alec a continuación—, ¿ya habéis contado los castores? —Lo dijo para hacer rabiar a mi padre.

De vez en cuando, la oficina regional del Servicio Forestal en Missoula, pronunciado a la manera de mi padre *Mazoola*, «con acento en *zoo*», se inventaba algún nuevo proyecto que endilgar a los forestales. El más reciente que había llegado a nuestros oídos de boca de mi padre era el inventario que supuestamente tenía que elaborar de la población de castores del sector del

bosque nacional en English Creek. «Dios todopoderoso —había gruñido—, este riachuelo es el Nueva York de los castores.»

Ahora, sin embargo, con Leona a su vera —aquella era la primera vez que Alec la traía a comer y los demás miembros de la familia sabíamos que estaban en una fase temprana, una especie de alzamiento del telón según el cortejo propio de Alec—, mi padre se limitó a dejar pasar el censo de castores con un...

—No, estoy esperando a que me envíen las recomendaciones los de la oficina de *Mazoola*. A lo mejor quieren contar solamente las colas y luego multiplicarlas por uno, nunca se sabe.

Pero Alec no cedía.

—A lo mejor si les gusta tu aritmética aplicada a los castores, el verano que viene te ponen a contar peces.

—A lo mejor. —Mi padre le estaba dando a Alec más oportunidades para pavonearse de las que merecía, pero imagino que la presencia de Leona lo justificaba.

—¿Quién cocina esta semana en la Doble W? —Ahora, mi madre—. Leona, toma un poco más de jamón y pásaselo a Jick. Últimamente come como un regimiento. —Yo habría protestado de no ser porque mi plato estaba casi vacío y no quedaba ni pizca de jamón a la plancha.

—Una tal señora Pennyman —informó Alec—. Es de los alrededores de Havre.

—Así que ya va por Havre. Si Wendell Williamson sigue así, habrá contratado y despedido a todos los cocineros de aquí a Chicago. —Mi madre hizo una pausa esperando a que Alec respondiera, pero no lo hizo—. ¿Y? —le preguntó—. ¿Qué tal os da de comer?

—Bueno, te llena... —Daba la impresión de que la pregunta había descolocado ligeramente a Alec y me di cuenta de que Leona le lanzó una mirada más eléctrica de lo habitual.

—También llena el serrín —dijo mi madre, que esperaba un informe más prolijo.

—Ya, bueno... —tartamudeó Alec. Yo empezaba a preguntar-

me si lo de ser *cowboy* no le habría afectado a la inteligencia; a lo mejor la espina se le había subido a la parte del cerebro donde se aloja el sentido común—. Ya sabes. El típico papeo de rancho —entornó la cabeza en dirección a su plato en busca de una descripción más precisa y finalmente proclamó—: Yo más bien lo llamaría relleno.

—¿Y cómo va el negocio del suero de leche? —le preguntó mi padre a Leona, imagino que para desviar la conversación del círculo en el que se había metido Alec. Sus padres, los Tracy, regentaban la lechería de Gros Ventre.

—Muy bien —respondió Leona con una rápida sonrisa.

Parecía estar a punto de decir mucho más, pero justo entonces nos brindó esa sonrisa: una sonrisa para mi padre, otra para mi madre y a continuación otra para mí que me atenazó ligeramente la garganta, para después posar su última y más cálida sonrisa en Alec. Tenía una habilidad natural para responder con gracia e iluminar la estancia, de tal manera que a uno le daba por pensar que sus palabras querían decir mucho más de lo que en realidad decían. Envidio esa habilidad, si bien yo mismo, si la tuviera, jamás tendría la paciencia requerida para ponerla en práctica.

Los tres miembros de la familia, sin contar a Alec, aún estábamos intentando acostumbrarnos a la idea de que existiera Leona. Todas las novias anteriores de mi hermano procedían de las familias rancheras de la zona, oriundas de las montañas o de las granjas al este de Gros Ventre. Leona no había estado disponible en los últimos años, teniendo en cuenta que desde muy joven había empezado a salir con Earl, el hijo de Tollie Zane, pero la primavera anterior, durante el último curso de Alec en el instituto y el penúltimo de Leona, Alec se las apañó para que Earl Zane desapareciera del mapa. «¡Mira que cambiar un *cowboy* por otro! Más le valdría haberse quedado como estaba», comentó mi madre por aquel entonces, por lo demás levemente preocupada por las intenciones de Alec de volver a su trabajo de verano en la Doble W.

—Bien, supongo —dijo Alec respondiendo a alguna pregunta de mi padre sobre el éxito de la temporada de parición en la Doble W.

Cómo va esto, cómo va lo otro, va bien, no va mal y que lo digas. A pesar del atractivo escénico que ofrecía la presencia de Leona, si aquel era el nivel de sociabilidad que íbamos a tener que soportar, yo tenía la intención de excusarme en cuanto me fuera posible para volver a preparar mi silla. Pero justo en el momento en el que intentaba calcular si podría convencer a mi madre de que me sirviera anticipadamente un trozo de pastel de merengue con sirope de caramelo o si, por el contrario, me vendría mejor esperar un ratito, Alec golpeó la mesa con el tenedor y dijo sin rodeos:

—Tenemos algo que decirnos. Nos vamos a casar.

Aquello nos dejó a todos perplejos.

Mi padre parecía haberse olvidado del sorbo que acababa de darle al café, mientras que mi madre tenía la misma mirada que si Alec hubiera anunciado que tenía intención de ponerse a orinar en mitad de la mesa. Alec intentaba mirarlos a ambos a la vez y Leona nos brindaba sus favores a todos con una de sus sonrisas estelares.

—¿Y eso?

Ni siquiera yo sé por qué dije aquello. Quiero decir, yo ya era lo bastante mayor como para saber por qué se casaba la gente. Últimamente había ratos en los que, mirando a Alec y Leona tonteando juntos, parecía más espabilado en cuestiones sobre las que en realidad no tenía tanta información.

Centrado como estaba Alec en cómo responderían mis padres, tan filosófica pregunta proveniente de mi lado de la mesa lo puso de los nervios.

—Porque... porque estamos... Pues porque nos queremos, ¡por qué te crees si no!

—Es un poco pronto para estar tan seguro de eso, ¿no crees?

—sugirió mi padre.

—Ya somos lo suficientemente mayores —gritó Alec. Y entretanto me lanzó una mirada asesina de serpiente, como si yo estuviera a punto de preguntar «lo suficientemente mayores para qué», pero sinceramente no tenía intención de hacerlo.

—¿Y cuándo va a celebrarse la boda? —consiguió decir mi padre.

—Este otoño. —Alec parecía preparado para seguir hablando, pero se contuvo y finalmente se limitó a soltarlo todo de una vez—. Wendell Williamson nos dejará la casa de los Nansen para vivir.

Así que le correspondía a mi madre ir al grano.

—¿Quieres decir que os quedaréis en la Doble W este otoño?

—Sí —dijo Alec, como si estuviera haciendo una promesa—. Eso es lo que quiero hacer.

Había una parte de aquella conversación que nadie estaba mencionando y que era importante, mucho más importante que cualquier otra cosa de la que se hubiera hablado jamás en nuestra cocina: el dinero para enviar a Alec a Bozeman que mis padres habían ido ahorrando de aquí y allá como si fueran retales de un edredón; los ahorros que nuestra familia se había apañado para ir apartando, además del préstamo de Pete Reese, el hermano de mi padre, y un trabajo a tiempo parcial que mi padre tenía listo para Alec en la universidad con un profesor de gestión forestal que nos conocía por haber pasado algún tiempo aquí estudiando en el Two, además, naturalmente, del salario estival de Alec, otra de las razones por las que la elección de un trabajo como jinete en la Doble W a treinta dólares al mes no era precisamente del agrado de mis padres. ¡Dios todopoderoso!, hasta mi propio salario de la recogida del heno que recibiría aquel mismo verano iría a parar al fondo común de la casa, así que yo también sentía que me jugaba mucho en el plan de Bozeman. Y allí estaba Alec diciendo que había decidido no ir a la universidad. Contrariando todas las expectativas que se tenían de él. Contrariando...

—Alec, Terminarás Siendo Nada Más Que Un *Cowboy* De-

rrengado Con Ansias de Conocer Mundo y, en lo que a mí respecta, Yo No...

Guiado más por un instinto de buen samaritano que por el sentido común, mi padre desvió la conversación de mi madre con otra pregunta dirigida a Alec:

—¿Cómo vais a manteneros con un sueldo de vaquero?

—Vosotros dos lo hicisteis al principio.

—Cierto, y casi nos morimos de hambre.

—Nosotros de hambre no. —También la gramática de Alec parecía estar adoptando la manera de hablar propia de los *cow-boys*—. Wendell me dará un adelanto para comprar unas novillas este otoño y pasarán el invierno con el resto. Nos dará para empezar.

A mi padre por fin se le ocurrió posar su taza de café.

—Alec, vamos a no despelotarnos y a mantener la calma... —qué extraño puede llegar a ser el lenguaje: justo entonces me asaltó la visión de todos sentados alrededor de la mesa con las camisas quitadas, con Leona sentada frente a mí desplegando todo su arsenal— ... e intentemos diferenciar unas cosas de otras.

—Yo no veo que haya que diferenciar nada de nada —dijo Alec—. La gente se casa todos los días.

—También todos los días sale el sol —le respondió mi madre— sin que tú tengas mucho que decir al respecto.

—Mamá, maldita sea, escucha...

—Será mejor que escuchemos todos —volvió a intentarlo mi padre—. Leona, no tenemos nada contra ti. Ya lo sabes. —Y eso no era del todo cierto en ambos puntos. Leona respondió con una sonrisa gacha—. Es solo que... Alec, estos últimos años la cría de ganado ha llevado a la gente a la ruina una y otra vez. Esa forma de vida ha cambiado. Incluso en la Doble W estarían pasándolo mal si el papaíto de Wendell Williamson no le hubiera dejado semejante herencia. Me parece imposible que alguien arranque de cero en el negocio de las vacas y pueda labrarse un futuro.

Alec era como cualquiera de nosotros: se resistía a dar su brazo a torcer.

—Mucho mejor será tenerme correteando con las ovejas en una de tus parcelas, ¿verdad? Mira, algo verdaderamente importante a lo que aspirar según tú: criar ovejas.

Mi padre parecía pensativo.

—No, seguramente ese no será tu caso. Para criar ovejas hace falta un poco de sentido común —lo dijo con la suficiente suavidad como para que Alec se lo tuviera que tomar a broma, pero la frase era de una ligereza que pinchaba—. Alec, simplemente creo que para cualquier maldita cosa que hagas en estos tiempos te harán falta estudios. Esa antigualla de ganarse el pan en estas tierras a base de fuerza bruta no funciona. Lleva sin funcionar casi veinte años. Esta tierra puede matar a golpes a cualquiera. Míralos, mira a la gente que vive a orillas de este río, incluso a los criadores de ovejas. Hahn, Ed Van Bebber, Pres Rozier, los Busby, Dode Withrow, Finletter, Hill. Apenas han conseguido subsistir y son de los tipos más decentes que te puedes encontrar en todo el maldito estado de Montana. ¿Te crees que alguno de ellos habría podido empezar ahora, con los años que hemos tenido últimamente?

—El año pasado fue mejor que el anterior —se defendió Alec con aquella letanía propia de los optimistas del lugar—. Y este parece aún mejor.

Vi cómo mi padre le lanzaba una mirada a mi madre para ver si ella quería aplastar el razonamiento de Alec o si, por el contrario, debía continuar. Incluso yo sabía por la mirada reservada de mi madre que una vez que empezara, no pararía, así que mi padre prosiguió.

—Y si vienen otros cinco años buenos, todo el mundo estará más o menos donde se encontraban hace quince o veinte años. Alec: intentar ganarse la vida con un puñado de cabezas de ganado es un callejón sin salida en estos tiempos que corren.

—Papá... Papá, escucha. No estamos empezando hace quince

o veinte años. Estamos empezando ahora y nos tenemos que guiar por eso, no por el demonio de lo que ocurriera a... a los demás.

—Empezaréis desde el fondo de un agujero —le advirtió mi padre—. Y tardaréis una eternidad en salir de él.

He dicho que le advirtió. Lo que me alertó a mí fue una alarma distinta a la que sonaba en las palabras de mi padre, un tono de voz férreo y airado que jamás le había oído hasta entonces.

—Lo mismo me da —el timbre de voz de Alec era un eco de aquella ira, un eco de aquel tono férreo—, pero tenemos que empezar. —Alec miraba a Leona como si estuviera preparándose para los próximos mil años—. Y lo vamos a hacer casados. No vamos a esperar toda la vida.

Si alguna vez alcanzo la edad necesaria para tener algo de sentido común, me esmeraré en entender esta cuestión de hombres y mujeres.

Todos esos años atrás esa misma cuestión cabalgó conmigo desde la mañana siguiente, cuando mi padre y yo partimos de la estación forestal hacia las montañas. Era un día frío pero despejado, bastante pasable salvo por el viento. Yo tendría que haber estado contentísimo, de un contento subido por la anticipación que siempre empezaba con las palabras que mi padre pronunciaba año tras año: «Ponte ropa de montaña por la mañana».

Acompañar a mi padre en una de estas cabalgadas de comienzos de junio para contar las ovejas que iban a pasar el verano en las parcelas del bosque nacional que tenían asignadas los rancheros era uno de los episodios más esperados de mi vida. No podía pedir un paisaje mejor para aquel viaje. Kootenai, Lolo, Flathead, Absaroka, Bitterroot, Beaverhead, Deerlodge, Gallatin, Cabinet, Helena, Lewis y Clark, Custer, Two Medicine: esos eran los bosques nacionales de Montana, en total varias docenas

de distritos forestales. Pero en nuestra propia estimación Two Medicine reinaba sobre los demás y el distrito de English Creek asignado a mi padre era el más importante de todos. Cualquiera que tuviera ojos podría verlo al instante, puesto que nuestra excursión nos llevaría montaña arriba a orillas del North Fork, el afluente del English Creek, que en realidad forma un recodo en el oeste y el noroeste entre Roman Reef y Rooster Mountain hasta su nacimiento, donde la quebrada de North Fork se abría ante nuestros ojos, allí donde las primeras cumbres de las Rocosas se aposentaban en el horizonte como formidables pedruscos afilados. Solo cuando tras aproximadamente una hora a caballo trasparamos el filo occidental de la quebrada pudimos ver las montañas, con sus enormes bases atestadas de madera y rocas derrumbadas aferradas a la falda. Y aquellos acantilados rocosos. Ante nosotros, Roman Reef, una hilera rocosa de casi mil metros de altitud y más de cuatro kilómetros y medio de largo. Grizzly Reef era todavía más grande, más al sur, y Jericho Reef, de menor tamaño, al norte. Me pregunto si en otras partes del mundo se conocen estos acantilados rocosos. Imagino que reciben ese nombre porque destacan en el paisaje como esos afloramientos al borde del océano, crestas pedregosas que ofrecen un ejemplo de serenidad a las olas. Salvo que en este caso el oleaje no son las olas del mar sino la Divisoria Continental que se recorta contra el cielo. Dejando a un lado el nombre, separados como estaban entre sí por los cañones que los atravesaban y los peñascos recortados que se dibujaban detrás, aquellos tres acantilados me recordaban a las secciones de alguna muralla, como si todo el horizonte al oeste se hubiera parapetado tras una barricada rocosa y estos acantilados fueran los imponentes restos que aún quedaban en pie. No debo de haber sido el único en tener semejante ocurrencia, puesto que una barrera de acantilados aún más larga situada más al sur en el bosque nacional recibía el nombre de Muralla China.

El horizonte del Two. Incluso al comienzo de la cabalgada, esa

sensación siempre hacía que mi padre se girara y nos gritara a Alec y a mí por encima del hombro: «No está nada mal, ¿eh?». Y Alec y yo siempre le respondíamos a coro: «Nada mal», tanto por ser lo que se esperaba de nosotros como porque también nosotros saboreábamos aquellas montañas que nos esperaban.

Aquel año, sin embargo, ese siempre no tuvo lugar. Mi padre no se detuvo para opinar sobre el paisaje, yo no tuve oportunidad de responderle y Alec... aquel año, Alec estaba en nuestra mente en lugar de estar cabalgando entre ambos.

Así pues, nuestra primera incursión camino arriba por North Fork se vio interrumpida únicamente por el sonido de los cascos de nuestras monturas o por alguno de los dos farfullando el nombre de algún caballo y espoleando al animal para que fuera a paso más ligero. Incluso aquellas exhortaciones eran bastante sosas: en lo que a la nomenclatura equina se refiere, la imaginación de mi padre estaba de vacaciones. Invariablemente llamaba a los caballos negros *Carbonero* y a los blancos *Bola de Nieve*. Aquella mañana montaba un caballo castrado enorme de color ratón que, cómo no, recibía el apelativo de *Ratón*. Yo iba a lomos de una yegua paticorta llamada *Poni*. Francamente, una de las principales esperanzas que yo tenía en esto de hacerme mayor era que de todo aquello saldría a lomos de un caballo mucho más robusto. Cuando eso ocurriera, si es que llegaba a ocurrir, me prometí darle a la criatura un nombre como Dios manda, como por ejemplo *Montura de Fuego*, *Gran Jefe Joseph* o *Acocote*.

Ya fuera porque yo andaba pensando en las esperanzas que tenía puestas en mi futuro caballo o porque la ausencia de Alec en el arranque de aquella expedición de conteo me pesaba más de lo que yo era consciente es algo que no podría decir, pero en cualquier caso estaba tan ensimismado en mis pensamientos que me sorprendí al mirar al frente y ver que *Ratón* y mi padre se habían detenido y que mi padre me lanzaba una ojeada para ver qué había sido de mí.

Le di alcance y vi que habíamos llegado a un punto en el que un sendero lleno de surcos —siendo generosos podría incluso haber recibido el nombre de camino— salía de la carretera de North Fork y cruzaba la quebrada y el río para seguir cuesta arriba por Breed Butte, hasta un lugar desde donde podían verse un puñado de edificaciones de troncos.

Normalmente mi padre me habría recibido con alguna broma advirtiéndome que me iba a quemar los globos oculares como siguiera yendo por ahí dormido con los ojos tan abiertos, pero aquel día mi padre había adoptado un aire severo, el aire que adoptaba cuando no podía encontrar otro mejor.

—¿Qué te parece si le echas un ojo a lo de Walter? —me propuso—. Puedes atajar por el otero y encontrarte conmigo en el camino que va a la tribu de los Hebner.

—De acuerdo.

Obligué a *Poni* a dar la vuelta para que siguiera las huellas cuneta abajo por North Fork. Walter Kyle pasaba todos los veranos en las montañas pastoreando sus propias ovejas, así que mi padre, siempre que pasaba por allí, se desviaba para comprobar que todo estaba bien en el rancho vacío. Aquella era la primera vez que había delegado aquella tarea en mí, lo que corroboraba lo preocupado que estaba (¿le preocuparía también la cuestión de los hombres y las mujeres o solamente la concerniente a Alec McCaskill y Leona Tracy?). Aquello indicaba, además, que quería pasear solo un rato para pensar.

En cuanto mi padre hubo emprendido su camino y yo ya empezaba a ascender por Breed Butte, giré hacia el oeste en dirección a Roman Reef, me toqué el ala del sombrero en ademán de saludo y hablé en ese tono lento y distinguido que se utiliza con las personas sordas: «Hola, Walter. ¿Cómo van las cosas allí arriba, en el acantilado?».

Desde los pastos estivales de Walter Kyle, allí arriba en las montañas, a unos ocho kilómetros del lugar donde yo me encontraba sobre Roman Reef, Walter podía vislumbrar con su

catalejo su casa y los edificios colindantes de Breed Butte. Pequeños, pero se veían. Walter nos había enseñado a Alec y a mí este prodigio de la visión un día en que le subimos el correo, durante el conteo del verano anterior. «Aquí tenéis —nos dijo dándonos la enhorabuena mientras nos turnábamos para extender el tubo del telescopio y ver las manchas de los edificios—. Podéis ver hasta donde os alcance la vista.» El entusiasmo de Walter hacia el Two era propio de una persona recién enamorada, pues aunque fuera el más anciano de los rancheros de todo English Creek —a mí por aquel entonces me parecía directamente un vejstorio, en parte supongo porque era uno de esos tipos resecos y bajitos que parecen eternos—, había sido el último en llegar a la zona. Tan solo hacía tres o cuatro años, Walter se había mudado aquí procedente del llano del condado de Ingomar, en la parte sureste del estado, donde estaba a cargo de varios rebaños de ovejas. Hasta entonces nunca había oído hablar de un sistema parecido y tampoco he vuelto a oírlo desde entonces, pero Walter y varios pastores escoceses, todos ellos solteros empedernidos, vivían en el hotel de Ingomar y se hacían cargo de aquellos rebaños de su propio bolsillo. Ni uno solo de ellos era dueño de un rancho de verdad, tan solo de tierras de pasto con las que se habían hecho vete a saber de qué manera, además de carromatos para sus pastores y, naturalmente, ovejas y más ovejas. Una vez a la semana aquellos viejos escoceses partían del hotel con cajas llenas de comida en el maletero de un Modelo T. Por la razón que fuera, Walter abandonó aquel negocio de potentados ovejeros de hotel. Mi padre conjeturaba que una mañana Walter se había vuelto hacia el escocés que estuviera en ese momento sentado a su lado a la mesa y había dicho con su acento de erres marcadas: «Escocés, llevas *trrrrrreinta* años haciendo mucho *rrrrruído* cuando *sorrrrrbes* las gachas de avena». Se había levantado y se había marchado sin más. Y después había comprado la vieja finca de los Barclay, aquí, en Breed Butte, casi regalada.

Poni cabalgaba con dificultad por el otero, con ese paso regular e insulso tan suyo, y a mí no me quedaba otra que proseguir mi conversación a larga distancia con Walter. Cabía la posibilidad de que Walter estuviera mirando exactamente hacia ese punto, pero si así fuera yo no sería más que un diminuto mosquito en el catalejo, en absoluto un interlocutor al que le pudiera leer los labios. Seguí adelante y lancé mi pregunta en dirección al acantilado en la distancia: «Walter, ¿cómo demonios termina la gente enfadándose tanto?».

Porque el jaleo de la víspera seguía desconcertándome desde cualquier punto de vista. En primer lugar me preocupaba aquella tendencia de Alec y mis padres a discrepar. Quizá a posteriori no parezca tan catastrófico que Alec optara por la universidad o por una combinación de anillo de casado y un trabajo de vaquero, pero cuando miramos atrás lo hacemos siempre a través de unos prismáticos: los detalles se ven con ojos de miope y nunca vemos el todo. En esta ocasión todo se reducía a que mi padre y mi madre albergaban grandes esperanzas para mi hermano y más teniendo en cuenta lo mucho que ellos y otras personas de su generación habían sufrido hacía unos años, aquellos años de la Depresión a los que habían sobrevivido repitiéndose constantemente: «Nuestros hijos conocerán tiempos mejores. No queda otra». Esa clase de esperanza que solo un padre puede conocer. Que Alec pareciera no querer dar un paso adelante en la vida, ahora que la oportunidad al fin se había presentado, iba tan en contra del modo de pensar de mis padres como si mi hermano hubiera dicho que se iba a ir a la pradera a excavar un hoyo y hacer vida de ardilla.

Walter Kyle había vivido lo suyo; su bigote, que en su juventud debió de tener un tono arenoso, era ahora de un amarillo tan blancuzco como si se hubiera bebido un tarro de nata. «¿Tú qué crees, Walter? En tu experiencia, ¿es Alec tan memo como cree mi familia?» En lugar de la longeva perspectiva escocesa de Walter sobre la vida, la respuesta que recibí fue la visión

también escocesa pero más breve de mi padre, el razonamiento que había seguido la noche anterior con Alec:

—¿Por qué no pruebas un año la universidad y ves qué tal? Tienes capacidad suficiente, sería un crimen no aprovecharla. Y Bozeman no es la Luna. Podrás ir y venir varias veces a lo largo del año. Los dos veríais si queréis seguir adelante con la idea del matrimonio.

Pero Alec no iba a dejar que nadie le robara el tiempo.

—No vamos a esperar toda nuestra vida —era su respuesta.

«Nuestra vida»: aquella convergencia de Alec y Leona y el temerario entusiasmo con el que vivían su romance y que ninguno de nosotros había visto. Son cosas que pasan. Dos personas que se conocen desde hace tiempo y que, de repente, descubren que están inventando el amor, que nadie antes se ha enamorado jamás en el curso de la historia. Pero aun cuando yo quisiera poner todo mi esfuerzo en entenderlo, no alcanzaba a comprender su disposición, puesto que por aquel entonces el matrimonio me parecía tan lejano como la muerte. Tampoco comprendía demasiado el punto de vista de Leona; sí, iba a decir de Leona y de mis padres, pero en realidad me refería al de Leona y el de nosotros tres, como si de alguna manera me sintiera incluido en aquel deleite que inundaba la estancia cada vez que ella aparecía. Leona, Leona. «He ahí un tema sobre el que no me importaría lo más mínimo hablarte, Walter.» Aunque quizá un soltero no fuera el interlocutor más sensato para mantener una conversación como aquella. Quizá, como suele decirse, el viejo Walter Kyle supiera de mujeres lo justo para estar inmunizado contra ellas. En cualquier caso, con todo el cuidado y la buena voluntad, yo intentaba analizar nuestra situación familiar sin desviarme lo más mínimo, pero Leona me obligaba a tomar una curva cerrada. Sin ser la mayor, una de las maravillas de la noche anterior fue lo firme que Leona se había mantenido con tan solo un par de sinceras frases. Cuando mi padre y mi madre estaban intentando convencer a Alec de que retrasara sus

planes y se volvieron a mirarla para comprobar el efecto de sus palabras, ella se limitó a decir:

—Yo creo que estamos lo suficientemente preparados.

Y ya cuando el altercado llegó a su fin, antes de salir por la puerta, Leona se giró para conceder a mi madre una de sus luminosas sonrisas y le dijo:

—Gracias por la cena, Beth.

Y mi madre respondió, con estas mismas palabras:

—No hay de qué.

La conclusión última de lo ocurrido la noche anterior era lo más inquietante de todo. La ruptura entre mi padre y Alec. Me preocupaba tanto que ni siquiera podía fingir confiárselo a Walter allá arriba en Roman Reef. La perspectiva de recibir por respuesta un silencio pétreo era más de lo que yo podía soportar, porque si hubiera tenido que hacer un pronóstico, digamos que más o menos sobre el punto en el que Alec se disponía a anunciar sus intenciones matrimoniales, mi madre era la más indicada para poner fin a aquella discusión. Era lo más lógico. Así eran las cosas con mi madre. Y naturalmente que ella había dejado su opinión más que clara en lo que a la universidad y el matrimonio se refería, pero la conclusión triunfal a aquella cena fue al cien por cien típica de los varones McCaskill: «Se ha acabado eso de que lleves las riendas de mi vida», le espetó Alec a mi padre mientras abandonaba la cocina a grandes zancadas arrastrando a Leona tras de sí, y un «nadie las lleva, ni siquiera tú» de parte de mi padre pronunciado a espaldas de Alec.

Se acabó eso de que lleves las riendas de mi vida. Nadie las lleva, ni siquiera tú. Dichas así, desapasionadas, aquellas palabras sonaban como algo definitivo: el instante en que una discusión se convierte en silencio, ese punto en el que el desacuerdo no da para más. Pero ahora sé, y de alguna manera lo supe incluso entonces, que la fractura de una familia no es algo que ocurra

de forma limpia y repentina para que al menos puedas saber cuándo las cosas empiezan a torcerse. No. Sucede como una de esas fracturas de hueso tan malas, un hueso que se astilla. Se puede arreglar, entablillar y tratar de reforzarlo y, si bien aparentemente parece estar igual que antes, la amenaza de esa fractura siempre está presente y termina siendo un punto que requiere todos nuestros cuidados.

Así pues, aun cuando no entendiera buena parte de lo que tan abruptamente estaba ocurriendo en el seno de nuestra familia, al menos sí era consciente de que las desavenencias de la *víspera* estaban lejos de desaparecer.

Pensar tanto acelera de alguna manera el tiempo. Cuando me quise dar cuenta, *Poni* ya se había detenido ante la verja de alambre que daba paso al jardín de Walter Kyle. La até a la valla, dejé las riendas largas para que pudiera pastar y me colé entre las dos filas superiores del cercado.

En casa de Walter todo parecía ir divinamente, pero para asegurarme di una vuelta al cobertizo de herramientas, a la cabaña de troncos que hacía de granero y al cobertizo donde Walter guardaba su viejo cupé Reo Flying Cloud. Después me dirigí a la entrada de la casa y saqué la llave de detrás de la rendija suelta donde estaba escondida.

La casa estaba tranquila. Tampoco es que hubiera demasiadas cosas que invitaran a romper la tranquilidad. Aparentemente Walter seguía haciendo gala de los modestos hábitos que acompañan a la vida en un hotel. Además de los muebles —escasos, exceptuando la mesa de la cocina y las sillas con respaldos de lo más variopintos— y las estanterías al desnudo para las provisiones y la cocina, los únicos toques que daban a entender que la casa estuviera habitada eran un calendario de farmacia y una hilera de abrigos colgados de clavos, además de una fotografía de estudio enmarcada en la que se veía a un Walter jovencísimo

ataviado con una túnica y un gorro de piel: después de salir de Escocia y antes de llegar a Montana, había sido miembro de la policía montada de Canadá en Alberta.

En conjunto, y salvo por ese olor a rancio que desprenden las estancias deshabitadas, no me habría sorprendido si Walter hubiera aparecido de repente para ir a pescar cerca de alguna presa de castores en North Fork. Bastaba con echar un buen vistazo por la casa. Aun con todo, permanecí allí haciendo inventario unos minutos. No sé por qué, pero las casas vacías me atraen. Como si fueran un libro abierto que nos hablara de la persona que vive allí. Un análisis detenido de aquella estancia agrietada de troncos daba a entender que Walter Kyle era un hombre frugal, ordenado hasta el extremo de resultar maniático y solitario.

Por último, aunque solo fuera por hacer circular el aire de la estancia con algunas palabras, pronuncié en voz alta la conclusión de aquel monólogo que había mantenido con el pequeño pastor bigotudo allá arriba en el acantilado: «Walter, ¡qué bien te habría venido una esposa!».

Poni y yo atajamos siguiendo por la falda de Breed Butte. Desde allí podíamos cruzar el campo de Walter para alcanzar el lugar donde nos reuniríamos con mi padre en la carretera de North Fork. Ahí arriba, desde lo alto de la quebrada de North Fork, la vista era más abrupta: las montañas se veían ahora más arrugadas, las colinas descollaban a nuestros pies y se veía Roman Reef con su amplia empalizada de roca desnuda entre ambas. Por aquellos lares el paisaje se tornaba cada vez más bello y eso en Montana quiere decir que se hace más hostil al asentamiento. Desde aquel terreno escarpado, el rancho de Walter Kyle era el único que quedaba a mis espaldas entre ese punto y la estación forestal de English Creek.

El viento parecía ser de la opinión de que incluso un solo rancho era demasiado, porque soplaba desde el oeste y gol-

peaba con fuerza todo lo que había en la propiedad de Walter, incluyéndome a mí. Yo cabalgaba agarrándome el sombrero con una mano, so pena de salir volando North Fork abajo, rumbo a Saint-Louis. Del gran número de cuestiones de las tierras del Two que jamás he sido ni seré capaz de comprender —no basta con una vida—, una de las principales es por qué en un paisaje plagado de colinas, oteros y bancales, una persona está tan pocas veces protegida del maldito e imperecedero viento. Acabas desquiciándote cuando ves que el viento del Two intenta convertir tu costillar en una armónica.

Les hablaba de las tierras del Two. Debo aclarar que para nosotros el término se refería tanto al paisaje circundante —eso es lo que un nativo de Montana quiere decir cuando habla de «tierras»— como al bosque nacional del que formaba parte el distrito de mi padre. En aquellos tiempos los mil quinientos kilómetros cuadrados del Bosque Nacional Two Medicine se dividían en solo tres distritos forestales: English Creek; Indian Head, al oeste de Choteau, y Blacktail Fulch, allá abajo en Sun River, en el extremo sur del bosque. En realidad solamente el área situada más al norte del territorio de mi padre dentro del Bosque Nacional Two Medicine guardaba alguna relación con el río Two Medicine o con el lago Two Medicine: la vecindad donde el bosque se une a la frontera sur del Parque Nacional Glacier y encaja en él, como puede apreciarse en un mapa, como una península alargada situada entre el parque, la Divisoria Continental y la reserva india de los pies negros. Así pues, siendo fieles a la realidad, Two Medicine como tal, es decir, el río, no está a la vista de prácticamente ninguna zona del Two. Como ocurre con la mayoría de corrientes de agua de esta región, el río nace en las Rocosas, pero después el Two Medicine abre inmediatamente un cañón de considerable tamaño al este que cruza las llanuras, hasta encontrarse con el río Marias y finalmente desembocar en el Misuri. Casi podría decirse que va abriéndose camino horadando la pradera. Es el mero soniquete de esas dos

palabras, Two Medicine, lo que ha llevado el nombre hasta el sur atravesando las montañas por espacio de cuarenta y ocho kilómetros hasta llegar a English Creek. Yo he oído contar que antaño los pies negros construyeron la tienda del curandero —el lugar destinado a sus ceremonias sagradas— dos años consecutivos en uno de sus parajes favoritos del río. Desde allí podían provocar una estampida de búfalos que les permitía llevar a los animales hasta unos acantilados cercanos. El nombre había perdurado desde la construcción de aquella tienda. Sea como fuere, en Two Medicine se quedó y a mí siempre me ha parecido una expresión muy interesante.

Mi padre estaba esperando en otro desvío lleno de surcos en la carretera de North Fork. Esa carretera tenía tantas marcas, algunas de ellas de la época de los grandes carromatos, que se asemejaba a una especie de trenza gigante que cruzara los pastizales. Mi padre apartó la mirada de los surcos entretejidos y la volvió hacia mí, para preguntarme:

—¿Todo bajo control en casa de Walter?

—Ajá —afirmé yo.

—Muy bien. —Su ademán serio se había ido apagando hasta transformarse en una cara de tristeza—. En marcha. —Y pusimos rumbo a casa de los Hebner, adentrándonos en aquella maraña de marcas en el camino.

Daba igual a qué hora del día te acercaras a aquel lugar: la casa de los Hebner daba siempre la impresión de que acababa de ser demolida y de que el equipo de demolición estaba haciendo una pausa para fumar. Un ejército de carretas abandonadas, chasis de coches y decréptas máquinas agrícolas —y eso que «Buenayuda» Hebner no cultivaba más que un huerto— andaban por ahí tirados, entre los viejos edificios marrones. La bodega donde se conservaban las verduras estaba medio derruida, del cobertizo para herramientas solo quedaba la mitad del tejado y el granero

se tambaleaba. En resumen, en casa de los Hebner no funcionaba prácticamente nada, excepto la gravedad.

Entramos y justo delante del granero vimos una yegua zaína de aspecto resignado con dos de los pequeños Hebner subidos a ella a horcajadas y balanceándose hacia atrás. Los dos muchachos subidos a lomos de la montura debían de ser Roy y Will, o quizá fueran Will y Enoch; incluso puede que fueran Enoch y Curtis. Eran tantos y tan parecidos que no había manera de distinguirlos, a menos que pasaras todos los días entre ellos.

Lo retiro. Ni siquiera el hecho de verlos a diario era necesariamente una guía infalible en aquel quién es quién, porque todas las caras de los Hebner rimaban. No sé de qué otro modo expresarlo. La frente de todos los Hebner era una réplica exacta de la versión ancha y arrugada en medio de Buenayuda, una pálida extensión huesuda centrada con una especie de diminuto barranco que iba ensanchándose a medida que bajaba por el rostro, como si la nariz fuera creciendo en avalancha a partir de ese punto. Cruzando la mayor parte del lado izquierdo de aquella frente dividida, una madeja de pelo caía pesadamente formando un ángulo sinuoso. El efecto era como si todos los varones de la familia Hebner llevaran puesto uno de esos parches que suelen verse en los dibujos de piratas, solo que un poco más elevado. Desde aquella frente los rostros de todos los Hebner iban menguando hacia un breve derrape en forma de nariz, una boca estrecha y un mentón redondeado y pequeño.

La pareja de jinetes se quedó mirándonos fijamente desde el otro lado del patio. Aquello de mirarte fijamente como si fueras una nueva especie sobre la faz de la tierra era otra de las cualidades de los Hebner. Mi padre tenía una teoría no del todo irónica para explicarlo: «Han comido todos tantísima carne de venado que se les han puesto ojazos de ciervo», porque era cierto que allí arriba, en algún lugar entre el pinar que se abría detrás de las construcciones de los Hebner habría seguramente un saco colgado de alguna rama. El fondo del saco estaría reposando

sobre un barreño lleno de agua y, dentro del saco, agradablemente refrescado por la humedad que se colaba a través de la arpillera, habría un cuarto trasero o dos de carne de venado. A Buenayuda Hebner le gustaba su venado igual que los huevos: escalfados.

—En realidad, no me importa que Buenayuda mangué un ciervo de vez en cuando —solía decir mi padre—. Esos críos tienen que comer. Pero cuando ese vago hijode... empieza con su maldita *deberígrafía* suya, como debería haber sido esto, debería haber hecho aquello otro...

—¡A las buenas, forestal! ¡Hola, Jick!

Yo no sé mi padre, pero a mí aquella ráfaga de palabras que salieron de la nada me sobrecogió un poco. El saludo no había salido de boca de los muchachos que nos miraban subidos a la yegua sino desde detrás de la puerta con rejilla que daba entrada a la cabaña de troncos.

—Debería haber estado atento. Os habría visto venir y os tendría preparado un poco de café.

—Gracias de todos modos, Garland —dijo mi padre, que llevaba años escuchando el protocolo de Buenayuda Hebner y aún no había visto que de allí saliera ni una taza de café ni media—. Solo venimos a dejaros unas tartas que Beth tenía preparadas.

—Se hará lo que se pueda para dar buena cuenta... —El alboroto que se armó delante del granero interrumpió a Buenayuda. El muchacho que estaba sentado más adelantado encima de la vieja yegua había empezado a golpearla a porrazo limpio con las riendas y el que estaba sentado detrás golpeaba al animal en las costillas con todas sus fuerzas mientras gritaba: «¡Arre, maldito caballo, arre!».

—¡Arre, demonios! —Buenayuda soltó un aullido desde el otro lado del patio. De Buenayuda se decía que era capaz de hablar con un volumen de voz que te obligaba a dejar cualquier cosa que estuvieras haciendo—. Vosotros dos, ¡arreando fuera de ahí ahora mismo y a por esa maldita pila de troncos a la de ya!